

EL "APARTHEID"

FRANCISCO CORREA VILLALOBOS,
de El Colegio de México

SUDÁFRICA ES sin discusión alguna el país más desarrollado del continente africano. El crecimiento de su economía ha sido sostenido, con excepción de los años de 1960 y 1961 cuando los disturbios de Sharpeville originaron una fuga de capitales y un descenso en la actividad económica.

Las inversiones del Estado han contribuido en gran parte para mantener el ritmo de crecimiento. El gobierno nacionalista *afrikaner*¹ han entrado de lleno en la industria pesada. Energía eléctrica (ESCOM), manufactura de armas y municiones, fierro y acero (ISCOR), maquinaria pesada (VECOR), insecticidas y fertilizantes (FOSKOR), refinación de petróleo y productos químicos (SASOL), son industrias de propiedad estatal. Algunas de estas empresas, como ESCOM e ISCOR ya existían desde antes que los nacionalistas *afrikaners* subieran al poder en 1948, pero su progreso más significativo ha sido posterior a ese año. El poder político ha permitido a los nacionalistas favorecer a los inversionistas privados *afrikaners*.

El gobierno se ha visto impelido por presiones externas a acelerar el ritmo de crecimiento para hacer al país menos vulnerable a posibles sanciones económicas internacionales. El tremendo impulso que ha recibido la economía en los últimos años ha permitido, además de sacar al país de la depresión de 1960, alcanzar en 1963 un crecimiento del 8 % sobre el año anterior. El ascenso de la economía sudafricana ha atraído a inversionistas extranjeros, principalmente ingleses y norteamericanos. De acuerdo con estimaciones de las Naciones Unidas, la Gran Bretaña tenía una inversión privada de 784 millones de dólares a fines de 1962, sin incluir a las empresas petroleras, los seguros y las bancarias; esa cifra re-

presentaba el 7 % del total de las inversiones británicas en el extranjero y colocaban a Sudáfrica en el cuarto lugar de las inversiones extranjeras de la Gran Bretaña. Los Estados Unidos tenían una inversión de 415 millones de dólares, lo que representaba el 1 % de las inversiones totales de los Estados Unidos en el extranjero. Para los inversionistas británicos, el porcentaje de utilidades en Sudáfrica subió del 9 al 13 % en los años de 1959 a 1962.²

Pero si bien el crecimiento de la economía sudafricana se basa en el gran poder de compra de la comunidad blanca su mantenimiento parece inseguro. En 1963 los incrementos de los gastos de los consumidores pudieron ser satisfechos con importaciones, que se balancearon con ventas de oro y con un aumento en la producción local; esto último pudo lograrse sin aumentar los costos gracias a la corriente de capital exterior y a que había cierta capacidad productiva ociosa que arrojó la depresión de 1960.³ Pero habiendo ahora pleno empleo de mano de obra blanca calificada, el problema que se presenta es de una inflación por deficiencias en la oferta de mano de obra. Esas deficiencias en parte son creados y en parte ya existentes. El nativo, en general, tiene un bajo nivel de calificación técnica; pero el gobierno con su política de evitar la afluencia de africanos a los centros urbanos y de restringir el número actual por los problemas políticos que ello origina, trata de forzar la inestabilidad de los trabajadores nativos y evita la formación de un proletariado africano calificado. El gobierno ha buscado la solución estimulando la inmigración de técnicos europeos que en 1963 llegaron a 30 mil; pero como solución estable despierta dudas, pues el mercado común europeo es un fuerte competidor por la mano de obra calificada y que además no ofrece los riesgos de Sudáfrica.

Otra solución prevista por el gobierno es el desarrollo industrial en las llamadas zonas fronterizas de la reserva de nativos. El gobierno proyecta invertir 57 millones de libras esterlinas en los próximos cinco años para desarrollar la infraestructura en esas zonas. Sin embargo es de esperarse que los inversionistas escojan instalarse en los centros urbanos

por las economías externas que les ofrecen. Además la solución a las deficiencias en la oferta de mano de obra sería a muy largo plazo; por una parte, la población de las reservas carece de cualquier preparación técnica, por la otra, los nativos que trabajan actualmente en los centros industriales y que sean devueltos a las reservas no podrán ser aprovechados como fuerza de trabajo conjunta, pues perteneciendo a diferentes tribus las reservas donde estarán serán distintas.

La política de *apartheid* va en contra de los requerimientos del desarrollo industrial. La posibilidad de una inflación, o en el peor de los casos, de un estancamiento económico, pueden disuadir al gobierno nacionalista de llevar adelante su política. ¿Cuáles son las posibilidades de que suceda esto, y cuáles son las presiones que se ejercen sobre el gobierno para seguir adelante con esa política o detenerla? Examinemos cuál es la composición de la comunidad afrikaner y los diferentes grupos de presión.

La comunidad afrikaner

TRADICIONALMENTE EL AFRIKANER ha sido un agricultor —la palabra *boer* literalmente significa eso—. La agricultura ha descendido en importancia frente a la industria, pero quizá es la más protegida y la actividad económica mejor organizada del país. Desde los años treinta la tendencia es el concentrar la agricultura en unas cuantas manos, desplazando a los pequeños agricultores hacia los trabajos industriales. La mano de obra en el campo es principalmente africana; aproximadamente tres millones de africanos, de una población total de diez, trabajan en las haciendas de los blancos. Los bajos salarios para los africanos, la mecanización, las barreras arancelarias y un sistema de subsidios y precios bajos en los transportes, aseguran una alta tasa de utilidades para el hacendado. Las razones de estas protecciones se encuentran en la influencia que el sector rural ejerce en el Partido nacionalista; gran parte de las finanzas del partido dependen de las cuotas aportadas por los grandes hacendados, pero gran parte de su poder estriba en el número de parla-

mentarios que representan a las áreas rurales. La mayor parte de la población blanca dedicada a la agricultura es *afrikaner*; se ha estimado que el 82 % de los agricultores blancos son *afrikaners*, y de éstos la mayoría apoya al Partido nacionalista. Esto se reflejó en las elecciones generales de 1961 cuando el Partido nacionalista, aunque sólo fue favorecido por el 42.2 % de los votos totales emitidos, ganó 105 asientos en el Parlamento la mayoría de los cuales representaban distritos rurales.⁴

El obrero blanco siempre ha constituido uno de los objetivos del Partido nacionalista. Desde el gobierno del general Hertzog en los años treinta, cuando se hizo una diferencia entre los trabajos "civilizado" e "incivilizado", hasta el Acta de Conciliación Industrial de 1956, los esfuerzos de los diferentes gobiernos nacionalistas han estado dirigidos a evitar una posible unificación de los intereses laborales por encima de las diferencias de color. El acta mencionada indica la creación de sindicatos separados para blancos y no blancos, la delimitación de trabajos que deben ser cubiertos por blancos y, desde luego, una barrera de color en los salarios. El obrero blanco encuentra en el gobierno una garantía para asegurar el monopolio de los trabajos industriales calificados, o para obtener un salario que le permita una posición económica superior a la del nativo mejor pagado; a su vez, para mantener ese apoyo, el gobierno se ve obligado a seguir una política de racismo estrecho opuesta a las necesidades del desarrollo industrial de Sudáfrica y que levanta críticas de la naciente y fuerte clase capitalista *afrikaner*.

Hasta 1940 la posición del *afrikaner* en las finanzas, la industria y el comercio se reducía a la de empleado. Si bien en la segunda década de este siglo aparecieron algunas empresas propiedad de *afrikaners* como *Die Nasionale Pers*, editora del periódico *Die Burger*, y las compañías de seguros SANLAM y SANTAM, el asalto a las actividades económicas financieras e industriales comienza a iniciativa de la *Broederbond* en 1939. En ese año la *Broederbond* convocó a la Conferencia Económica Nacional en la que se recomendó a los *afrikaners* invertir en empresas industriales, financieras y co-

merciales; de ahí surgió la *Reddingsdaadbond*, una organización destinada a estimular y agrupar a empresas propiedad de *afrikaners*. Su progreso en esas actividades económicas fue constante, aunque lento, durante la segunda guerra mundial; pero uno de los principales éxitos fue favorecer el surgimiento de una joven clase capitalista de *afrikaners*.

La gran oportunidad para entrar en la industria vino con la toma del poder en 1948; desde entonces el capitalismo *afrikaner* ha desarrollado una gran fuerza. El Partido nacionalista ha usado el poder para favorecer abiertamente a los capitalistas *afrikaners* a través de concesiones, contratos, préstamos, etc. y realizando programas de inversión estatal en zonas o sectores que los benefician directamente. Dos de los principales proyectos eléctricos se construyen cerca de yacimientos carboníferos, explotados por la empresa *afrikaner Federale Mynbou*, y una compañía inversionista igualmente *afrikaner*, la *Federale Volksbeggings*, financiará una planta que producirá hule sintético, usando materias primas de la industria química estatal SASOL.

Sin embargo, no puede decirse que la clase capitalista *afrikaner* esté totalmente identificada con la política de su gobierno; este sector tiene serias reservas sobre la idoneidad del *apartheid* para asegurar un desarrollo sostenido de la economía sudafricana. Recientemente, uno de los órganos de los negocios *afrikaners*, el *Volkshandel*, comentaba que el gobierno debía tener en consideración el grado de civilización y no el color al aplicar sus medidas de *apartheid*; reconocía que el nacionalismo africano no podía ser detenido y que era necesario acelerar los planes para dar plena autodeterminación a los africanos de las reservas. Otro de los periódicos que reflejan las opiniones de esta naciente clase capitalista es *Die Burger*, órgano del pequeño Partido nacional de El Cabo. Este periódico, uno de los más combativos, frecuentemente critica la brutalidad de las medidas del *apartheid*.

La Broederbond

LA BROEDERBOND, UNA SOCIEDAD SECRETA, es sin lugar a dudas la organización más poderosa dentro de la sociedad *afrika-*

ner. Organizada sobre modelos masónicos, aunque enemiga de la masonería, la *Broederbond* permea la industria, las finanzas, la burocracia, las organizaciones estudiantiles, las universidades, y el gobierno. Fue fundada en 1918 con el nombre de *Jong Suid-Afrika* (joven Sudáfrica) con sólo 14 miembros; en 1924 se convirtió en una sociedad secreta a la que sólo *afrikaners* de influencia y muy bien probada lealtad nacionalista pueden aspirar a ingresar. Para 1944 la afiliación se estimaba en 2 600 de los que 8.6 % eran personas conectadas con actividades oficiales y 33.3 % eran maestros; el resto lo constituían sacerdotes, agricultores y profesionistas. En la actualidad se estima en 7 000 el número de miembros.

Sus objetivos fueron puramente culturales hasta 1934, año en que se expidió una circular que, entre otras cosas, decía:

Tengamos en cuenta el hecho de que el principal objetivo del *afrikaner* es dominar en Sudáfrica. Hermanos, nuestra solución para los problemas de Sudáfrica es que la *Broederbond* debe gobernar a Sudáfrica.⁶

Su método de trabajo consiste en la ayuda mutua que los *hermanos* se prestan para escalar los puestos más importantes en cualquier actividad.

La *Broederbond* ha patrocinado la formación de varias organizaciones con el fin de controlar las principales actividades; alguna de ellas como *Volkskas*, una de las instituciones financieras más grandes del país, y la *Reddingsdaadbond* se pueden considerar como el punto de partida de la aventura en los negocios.

La *Broederbond* agrupa a lo más radical de la comunidad *afrikaner*, sin embargo sería un error considerarla como monolítica. Entre sus miembros se cuenta a lo mejor de la intelectualidad que, pese a un nacionalismo a toda prueba, es consciente de los peligros y riesgos que implica una aplicación brutal del *apartheid*. El profesor J. H. Coetzee, uno de los miembros más destacados y fundador de la *Ossewabrandwag*, organización terrorista de corte nazi que floreció durante la segunda guerra mundial, manifestaba que el gobier-

no de Verwoerd no tomaba en cuenta la opinión de los africanos para aplicar el *apartheid*; aunque sostenía que la solución debía ser la separación de razas, insistía en que debía contarse con la cooperación de los líderes africanos, y agregaba:

...con esto no quiero decir la cooperación de los jefes tribales bantúes, sino la cooperación de los líderes del partido del Congreso Nacional Africano, hombres como Lutuli, por quien siento un profundo respeto, o como el profesor Z. K. Mathews.⁷

Pero opiniones como ésta no pueden tomarse como indicio de que la *Broederbond* esté cambiando su táctica hacia el problema racial, la tendencia es más bien el excluir y nulificar a aquellos miembros que con su actividad ponen en peligro a la supremacía blanca.

Las disidencias en la *Broederbond* reflejan las inquietudes de los intelectuales *afrikaners*. La importancia que tienen dentro de su comunidad está en el hecho de que el intelectual participa activamente en la política. Las universidades sudafricanas de Stellenbosch, Potchefstroom, Bloemfontein y Pretoria no sólo han provisto lo más destacado de las personalidades políticas africanas, sino que políticas enteras han sido delineadas por sus profesores; el *apartheid* como teoría comenzó a discutirse en Stellenbosch y fue uno de sus más destacados profesores el encargado de aplicarlo: H. Verwoerd.

Para los intelectuales *afrikaners* el *apartheid* es una respuesta al nacionalismo africano, pero no se han logrado poner de acuerdo sobre los medios más apropiados para llevarlo a cabo, ni han conseguido convencer al gobierno de que el *apartheid* sólo puede tener éxito si se cuenta con la cooperación de todos los líderes africanos. El vocero de los puntos de vista de los intelectuales es la Oficina Sudafricana de Asuntos Raciales con asiento en la Universidad de Stellenbosch; esta oficina ha criticado en repetidas ocasiones al gobierno por no aplicar aquellas medidas del *apartheid* que afectan a los blancos.

La Iglesia holandesa reformada

UNA DE LAS INSTITUCIONES más influyentes en el *afrikaner* medio en la iglesia. Se considera a sí misma como la defensora de la cristiandad occidental y designada por Dios para combatir a los enemigos de Cristo y del pueblo *afrikaner*.

La iglesia desempeña un papel muy importante en la política sudafricana proveyendo una justificación religiosa a las políticas del gobierno, pero sería un error creer que la iglesia está controlada por los políticos; más bien la iglesia busca influir en la política a través de organizaciones religiosas y culturales, de la predicación o de instituciones educativas en las que tiene una poderosa influencia.

La Iglesia holandesa reformada no ha permanecido ajena a la cuestión racial; algunos de sus miembros más prominentes, como el Rev. L. F. Beyers Naudé, han pretendido modificar su posición radical. La iglesia sigue siendo una de las principales armas que posee la élite *afrikaner* para mantener su control del país.

El gobierno nacionalista y su política de apartheid

DURANTE LOS AÑOS TREINTA una facción mayoritaria del Partido Nacionalista se separó al unirse el general Hertzog a los intereses británicos. Esta facción se convirtió en el Partido nacionalista puro, mientras Hertzog y sus seguidores se fusionaban con el Partido sudafricano de Jan Smuts para formar el Partido unido.

Al terminar la guerra los nacionalistas puros, con el Dr. D. F. Malan a la cabeza, capitalizaron los temores de una comunidad blanca que veía cada vez más cerca el peligro de un cambio en perjuicio de su posición. El 20 de abril de 1948, el Dr. Malan decía en la campaña electoral:

¿Será capaz la raza europea de mantener su dominio, su pureza y su civilización, o desaparecerá para siempre entre la más negra de la población sudafricana no europea?... Como resultado de influencias exteriores, cada vez presionan con más vehemencia las demandas para

eliminar todas las barreras de color y las medidas de segregación. Todo esto significa nada menos que la raza blanca perderá su posición de dominio y que Sudáfrica, tarde o temprano, tendrá que tomar un lugar entre las naciones mediocres del mundo.⁸

La solución que ofrecía el Partido nacionalista para mantener el dominio de la raza blanca en Sudáfrica era el *apartheid*. A mediados de la década de los cuarenta comenzó a discutirse el concepto de *apartheid* en la universidad de Stellenbosch; poco tiempo después, el Partido Nacionalista designaba una *Comisión del Apartheid* formada por profesores de esa universidad. Las investigaciones y recomendaciones de esa comisión se adoptaron como programa político del partido, y en 1947 dio a conocer su plataforma.

Es una política que se impone la tarea de conservar y salvaguardar la identidad racial de la población blanca del país y de conservar y salvaguardar la identidad de los pueblos no europeos como grupos raciales separados, con oportunidades para cada uno de desarrollarse como unidades nacionales autodeterminadas. Esta política busca fortalecer la conciencia nacional y el respeto mutuo entre las varias razas del país... En términos generales nuestra política aspira a colocar a los grupos y subgrupos étnicos más importantes en áreas propias, en las que cada grupo será capaz de desarrollarse en unidades autosuficientes. Apoyamos el principio general de la separación territorial de los bantúes y de los blancos... Los bantúes en las áreas urbanas deberán ser considerados como ciudadanos migratorios, sin derechos políticos o sociales iguales a los de los blancos. El proceso de destribalización deberá ser detenido y los intereses y posibilidades de empleo de los trabajadores blancos serán protegidos.⁹

Los tres Primeros ministros que se han sucedido desde 1948 han llegado prometiendo una aplicación rígida del *apartheid*, pero en la práctica han tenido que contemporizar con una situación económica que no admite la separación racial. El mismo doctor Verwoerd declaró que "...el ideal debe ser la separación total en todas las esferas de la vida, pero todos

nos damos cuenta que en este momento es impracticable".¹⁰

Así pues el *apartheid* ha consistido en la aplicación de una serie de leyes que establecen una discriminación racial absoluta y en la realización de un proyecto para desarrollar las reservas nativas, a fin de concederles eventualmente autodeterminación y englobarlas después en una especie de Commonwealth de Sudáfrica.

El proyecto consiste en crear ocho grandes centros que comprenderán el 13 % del área total de Sudáfrica. El ministro de Administración y Desarrollo Bantú, Mr. M. D. C. de Wet Nel, ha declarado que

El principio que guía a la política de desarrollo, por separado es que los subdesarrollados pueblos bantúes deben ser guiados por sus guardianes europeos hacia su desarrollo y autodeterminación, dentro de sus propias áreas y comunidades. A los bantúes les serán concedidos plenos derechos en sus respectivas reservas, una vez que sean enseñados a cargar con las responsabilidades que implican los derechos de autodeterminación y aprendan a ejercerlos. . . La esencia de la política de *apartheid*, en consecuencia, está en imbuir a los bantúes un espíritu de independencia y autosuficiencia de manera que puedan hacer las cosas por sí mismos.¹¹

La idea de Verwoerd para desarrollar los *bantustans* arranca del Informe Tomlinson de 1956. Este estudio recomendaba la delimitación y desarrollo de las áreas nativas a fin de que pudieran sostener a la creciente población nativa y descongestionar de africanos a los centros urbanos. La comisión encargada de preparar el informe estableció que

De los informes que poseemos se desprende que las áreas bantúes, debidamente desarrolladas, permitirían sostener a una población igual a la actual de toda la Unión Sudafricana y proporcionarle los medios para alcanzar un nivel de vida razonable. El desarrollo de industrias en las llamadas zonas fronterizas ayudaría a emplear a una población bantú aún mayor. . . La Comisión opina que los Protectorados Británicos deben ser incorporados a la Unión tan pronto como sea posible.¹²

El proyecto final, contenido en el Acta de Promoción de Autodeterminación Bantú, prevé la creación de ocho centros principales, demarcados según los grupos tribales más importantes, a los que se les concederá una autodeterminación. La administración se basará en el sistema tribal con un parlamento compuesto por jefes tribales. Las autoridades bantúes tendrán jurisdicción sobre los impuestos de los nativos, justicia, etc., pero el gobierno de la República se reserva el derecho a vetar cualquier decisión de las autoridades nativas. Los africanos tendrán la ciudadanía de la reserva a que pertenezcan, aunque no radiquen en ella.

El dividir al país con un criterio tribalista tiene el fin inmediato de romper la unidad del movimiento político africano, al insistir sobre las diferencias tribales; para ello el gobierno cuenta con la alianza de los jefes nativos que ven en el nacionalismo africano una amenaza para su posición y en el *apartheid* una oportunidad para conservarla.

El 11 de diciembre de 1963 el jefe Kaiser Matanzima tomó posesión como Jefe-Ministro del primer bantustán con gobierno propio: el Transkei. La constitución del Transkei, aprobada por el parlamento de Sudáfrica en 1963, establece la creación de una Asamblea Legislativa formada por 64 jefes tribales —designados, pagados y que pueden ser destituidos por el gobierno de Sudáfrica— y 45 electos; una vez integrada la Asamblea, elige a un Jefe-Ministro. Las elecciones de los 45 jefes legisladores arrojaron un resultado significativo, pues 38 de ellos eran partidarios de Víctor Poto y Sabata Dalindyebo, dos importantes jefes partidarios del multirracismo y opuestos por igual a Verwoerd y Matanzima. Desde luego, la mayoría designada por el gobierno predominó y nombró a Matanzima como Jefe Ministro.

Matanzima se ha convertido en el líder de los jefes africanos que aceptan los bantustans como medio de sacudirse la dominación blanca. Su política, llamada de nacionalismo bantú, es un racismo negro complementario del racismo blanco de Verwoerd. Esto conduce a choques entre ambos líderes. Durante las elecciones, el ahora Jefe-Ministro reclamó más tierras para su bantustan y sugirió la formación de una fuerza

de defensa del Transkei, contrariando las disposiciones de la constitución. Recientemente las diferencias se agravaron al imponer Matanzima un plazo para que todos los blancos residentes en el Transkei lo abandonaran. Verwored se opuso terminantemente y los blancos aún siguen en sus propiedades.¹³ Pero estos desplantes de los africanos en quienes el gobierno confía para llevar adelante su plan aumentan la inseguridad de los *afrikaners*, especialmente de los agricultores que se encuentran cerca de las reservas, y fortalecen el ala más radical del Partido nacionalista.

Los resultados de la elección de 1963 reflejan sobre todo una fuerte oposición de los africanos a los candidatos identificados con el gobierno. Algunos autores¹⁴ opinan que una política más anti-Verwored por parte de Matanzima le permitirá neutralizar la oposición de Poto y Dalindyebo, y al mismo tiempo conquistar la simpatía de un mayor número de africanos. Sin embargo, la clave de la oposición no se encuentra tanto en la política que siga Matanzima sino en la base misma en que se funda su poder. Muchos transkeyanos trabajan en haciendas de blancos o residen temporalmente en áreas urbanas; estos africanos desarrollan un nuevo orden de intereses sociales y políticos que no se adaptan a un sistema de autoridad tribal.

Evitar el crecimiento de una masa nativa urbanizada es otro de los objetivos del *apartheid*. La Comisión Tomlinson calculaba que de no desarrollarse las reservas la población nativa de las zonas urbanas sería de 10 millones para fines de siglo, y de no aumentarse la capacidad de absorción de las áreas rurales blancas esa población podía llegar a 15 millones. La solución al problema urbano implica medidas colaterales que tienden a convertir al proletariado africano en una fuerza de trabajo inestable y errante, sometido a las disposiciones de autoridades inferiores, que pueden en cualquier momento deportar a un nativo a la reserva que le corresponda, sin importar si ese africano ha vivido toda su vida en una ciudad y alejado de su tribu. La aplicación de esas medidas evita la formación de un proletariado nativo calificado que incida perniciosamente en el desarrollo económico; el go-

bierno se ha abstenido de deportar a aquellos obreros con un cierto nivel de calificación técnica, pero a menudo las deportaciones afectan a las familias de esos obreros, aumentando la inseguridad y el descontento entre la masa africana.

El proceso de destrribalización, que es esencialmente un movimiento del campo a la ciudad, ha sido paralelo a la expansión económica de Sudáfrica. No obstante, el gobierno está comprometido a mantener un ritmo acelerado de crecimiento y al mismo tiempo, no sólo detener el crecimiento de una masa africana urbanizada, sino forzar un proceso de movilización de la ciudad al campo.

La única alternativa que ve la comunidad blanca para mantener su supremacía es el *apartheid*; cualquier solución que implique la integración racial conducirá al dominio africano de la escena política, y a la desaparición de todos los privilegios sociales y económicos que el blanco disfruta a costa del africano. La élite *afrikaner* está perfectamente consciente de los peligros que entraña la aplicación del *apartheid* y de los obstáculos que impone al desarrollo económico; sin embargo, su permanencia en el poder depende en gran medida del apoyo y la lealtad de los sectores *afrikaners* que más privilegios perderían de seguirse una política de integración racial, a saber, las clases obreras y rural *afrikaners*. En la medida que la política del Partido nacionalista, o de cualquier otro partido, asegure la permanencia o fortalecimiento de esos privilegios, tendrán el apoyo de dichos sectores. Se dijo ya que en las elecciones de 1961 el Partido nacionalista ganó 105 asientos parlamentarios, contra 50 del contrincante más cercano, a pesar de que sólo obtuvo el 46.2 % de los votos totales. Esto quiere decir que el Partido unido sólo necesita ganar una pequeña parte de los votos de la comunidad *afrikaner* para regresar al poder. ¿Cuál es el programa del Partido unido y cuáles sus posibilidades de regresar al poder?

La comunidad de origen inglés

APROXIMADAMENTE EL 38 % DE LA POBLACIÓN blanca de Sudáfrica es de origen inglés; concentrado en áreas urbanas, el

sudafricano de habla inglesa predomina en el mundo de los negocios, la industria, el comercio y las profesiones. Como grupo constituyen la capa más alta de la aristocracia blanca. Con excepción de una insignificante minoría *jingoista*, el sudafricano de origen inglés se siente tan ajeno a Gran Bretaña como el norteamericano o el canadiense. Sus sentimientos y actitudes sobre Sudáfrica están más cerca del *afrikaner* que del británico, y en cuestiones raciales son tan poco liberales como los *afrikaners*; su disgusto por el *apartheid* no estriba en cuestiones morales, sino en que lo consideran poco práctico y nocivo para la economía. Sin embargo, una minoría de esos sudafricanos forma el 7 % del electorado que apoya a dos partidos integracionistas: el Liberal y el Progresista.

El Partido unido obtiene su fuerza del apoyo que le brindan los grandes intereses financieros, industriales y mineros y de la mayoría de los sudafricanos de habla inglesa, pero no ha logrado ganarse el apoyo de los *afrikaners*.

Además de un nacionalismo bien alimentado desde la escuela y el púlpito, que aún revive los agravios de la guerra anglo-boer, el *afrikaner* no encuentra en el Partido unido una alternativa mejor que la que ofrece el Partido nacionalista. El programa racial de aquél es una "federación de razas": un parlamento central tendría representantes de comunidades en lugar de unidades territoriales; cada grupo racial tendría una participación definida en la administración. Para alcanzar esto, se restauraría el derecho de voto a los mestizos, se negociaría con los asiáticos su participación política y se haría una diferencia entre africanos totalmente urbanizados y aquellos que viven en las reservas; los primeros tendrían derecho a ser representados por parlamentarios blancos.¹⁵ El Partido unido participa de los temores que surgen de la posibilidad de un gobierno totalmente africano. "El Partido unido no permitirá que el control efectivo de la política del país pase a las manos de los no europeos" dijo una vez un parlamentario de este partido.

Por necesitar los votos de los *afrikaners*, el Partido unido tiende a mostrarse igual o más radical que el Partido nacio-

nalista, pero esto, en lugar de granjearle el apoyo de los *afrikaners*, ha causado divisiones internas que han desembocado en la formación de nuevos y pequeños partidos como el Liberal y el Progresista.

El Partido progresista aboga por el mantenimiento y difusión de los valores occidentales, la protección de los derechos humanos y el respeto a la dignidad humana sin distinción de color, raza o credo; para este fin aboga por reformas radicales que concedan el voto a todos los africanos civilizados. Paradójicamente su líder es un *afrikaner*, Jan Steytler, representante de una nueva generación de *afrikaners*, pero su miembro más destacado es Harry Oppenheimer.

El fabuloso imperio de este magnate comprende, entre otras, tres gigantescas compañías: De Beers Corp., Rhodesian Anglo-American Corp., y la Anglo-American Corporation of South Africa; a través de ellas Oppenheimer controla el mercado mundial de diamantes,¹⁶ las minas de oro más grandes del mundo y aproximadamente la mitad de la producción del cobre de Zambia, o sea casi el siete por ciento de la producción mundial.

Oppenheimer se ha declarado enemigo de la política de *apartheid* y del gobierno nacionalista, pero ha sido él quien más ha hecho para restablecer la corriente de capital exterior a Sudáfrica. El dilema de Oppenheimer es el de todo hombre de negocios sudafricano. Advierten los obstáculos que el *apartheid* impone al desarrollo a largo plazo, pero no pueden apoyar un cambio radical que desorganizaría la vida económica del país; es decir, que temen más a un nacionalismo africano que al *apartheid*. Oppenheimer ha justificado sus actos diciendo que el desarrollo industrial será el que derrote al *apartheid*. Si bien es cierto que la expansión económica ha sido una limitación para la aplicación total del *apartheid*, especialmente en lo que se refiere a la deportación de nativos, también es cierto que de no ser por esa misma expansión el gobierno hubiera encontrado más dificultades para mantenerse en el poder; no le hubiera sido posible mantener una formidable maquinaria de guerra y aún tener recursos para

subsidiar generosamente a los agricultores y decretar aumentos de salarios para los obreros de empresas estatales.

El Partido liberal es el único movimiento político que está por el voto universal y que aún goza de existencia legal. Su influencia es insignificante entre la comunidad blanca; en las elecciones de 1961 sólo obtuvieron 2 461 votos, o sea el 0.3 % de los votos totales emitidos.

La comunidad africana

LA CONQUISTA DE LOS AFRICANOS en Sudáfrica, como en el resto del continente, no fue sólo una derrota militar, sino la desintegración de la sociedad tradicional. En Sudáfrica el africano quedó ligado a la economía de los europeos y fue absorbido en su sistema social. Puede decirse que la superposición de un sistema extraño sobre la sociedad tradicional provocó cuatro tipos de reacciones entre los africanos: aquellos que permanecieron en las reservas y conservaron sus posiciones; los que fueron absorbidos por el trabajo en las haciendas y que siguieron en parte ligados a la tribu: los empujados a la vida urbana y que se convirtieron en un proletariado negro dentro de una sociedad capitalista blanca y, dentro de este grupo, los que buscaron en la educación y el cristianismo un medio de incorporarse plenamente a la sociedad blanca; de este último grupo surgió la élite africana.

La población africana de los centros urbanos está compuesta, en parte, por obreros migratorios que desempeñan las labores peor pagadas; su permanencia en las áreas urbanas es sumamente insegura y su urgencia por escapar de la pobreza rural es tal que los convierte en un proletariado que escatima su apoyo a los movimientos obreros.

Otro grupo social es el de los llamados *tsotsis*, o sean los delinquentes africanos. En los últimos años este grupo social ha crecido en forma alarmante. Formado por jóvenes, producto de la desorganización social africana que ha traído el *apartheid*, y por los africanos de residencia clandestina en los centros urbanos, los *tsotsis* no constituyen un grupo manejable políticamente. Los movimientos políticos africanos

por lo general derivan su fuerza de los obreros africanos agrupados en los sindicatos.

La clase media africana incluye profesores, ministros, abogados, doctores, maestros y trabajadores industriales calificados. Este es el grupo más vulnerable y el que más resiente las medidas del *apartheid* y el que provee de líderes al movimiento político africano.

El nacionalismo africano en Sudáfrica se asemeja más al movimiento negro de los Estados Unidos que a las luchas de liberación del resto del continente africano. Desde la fundación del partido del Congreso Nacional Africano, su objetivo no había sido expulsar a los blancos sino obtener para los africanos un lugar dentro de la sociedad blanca. Hasta la década de los años 50 el patrón de protesta y resistencia a las medidas discriminatorias del gobierno fue de no violencia. Pero a medida que el gobierno fue obstaculizando los medios de expresión africana extraparlamentaria, pues el parlamento había sido cerrado para ellos desde 1936, y recrudesciendo los métodos de represión, los grupos de africanos jóvenes comenzaron a exigir nuevos medios de acción. Nelson Mandela, Oliver Tambo y Duma Nokwe se convirtieron en los líderes del Congreso Nacional Africano. En 1961 se lanzó una campaña de no cooperación, pero al poco tiempo estos líderes fueron aprehendidos, juzgados y condenados a prisión. El signo más importante del cambio de táctica fue la formación del grupo terrorista *Umkonto We Sizwe* que reconoce el liderato del Congreso Nacional Africano.

En 1958 el movimiento africano se dividió con motivo de la colaboración con otros grupos de europeos, asiáticos y mestizos. De ahí surgió el Partido del Congreso Panafricanista que propuso un programa de acción estrictamente africano y que tiene características de racismo negro. La actividad del Congreso Panafricano, como la del CNA, es clandestina y las mismas dificultades para manifestar su oposición al gobierno han conducido a la creación de un ala terrorista, el *Pogo*, que, a diferencia de otros grupos terroristas, no lleva a cabo ataques selectivos sino que ataca a la comunidad blanca en cuanto tal.

Las implicaciones internacionales del apartheid

EL TEMPO DEL DESARROLLO de los bantustans ha sido marcado por el crecimiento del nacionalismo africano. En la medida que éstos gocen de un cierto grado de independencia y prosperidad, las aspiraciones nacionalistas pueden ser desviadas, según confían los más convencidos partidarios del *apartheid*. Pero uno de los obstáculos más importantes para ese desarrollo es la extensión de las actuales reservas; que comprenden sólo el 13 % del territorio sudafricano. Por esta razón la Comisión Tomlinson recomendaba la incorporación de los Protectorados Británicos de Bechuanalandia, Swazilandia y Basutolandia y destinarlos a reservas; de lograrse eso, el área nativa alcanzaría el 42 % de Sudáfrica. Esto permitiría tener, no sólo un espacio mayor donde acomodar la población nativa, sino, de dar resultado el experimento de autodeterminación, contar con una zona colchón entre Sudáfrica y el resto del continente.

El acuerdo que creó la Unión Sudafricana en 1906 dejaba abierta la puerta para que esos territorios bajo protectorado inglés, se incorporaran a la Unión, después de consultar a la población. Factores geográficos y económicos determinaron esa decisión, pero la llegada al poder de los nacionalistas *afrikaners* anularon esa esperanza.

Medio siglo de esperanza dejaron su huella en los territorios. Económicamente quedaron ligados a Sudáfrica y hasta la fecha aún son considerados como parte de ella en la rama de aduanas, de las que cada territorio recibe una parte proporcional.

H. Verwoerd ha declarado no desear la incorporación sino que los territorios acepten a Sudáfrica como guía para un desarrollo más acelerado. Verwoerd aprovecha los anhelos de independencia explotando los intereses de los jefes y tratando de presentar unos bantustans con un nivel de vida superior, pero además tiene el recurso de las presiones económicas que puede ejercer sobre esos territorios, ya sea para favorecer su desarrollo o estrangularlos económicamente, según le favorezcan o perjudiquen los partidos políticos predominantes.

El ascendente de Verwored es muy fuerte en el más rico de los territorios: Swazilandia. Ahí, los jefes nativos y una comunidad blanca más o menos numerosa han unido sus esfuerzos para mantener a ese territorio a salvo de la oleada nacionalista africana. El resultado de sus gestiones ante el gobierno inglés fue un proyecto de constitución, en el que se establecía que la Asamblea Legislativa constaría de un número determinado de miembros designados por el Consejo Nacional Swazi, organización de los jefes, y otro número igual elegido por la comunidad blanca. El partido del Congreso de Liberación Nacional Ngwame, el principal partido nacionalista africano, se opuso decididamente al proyecto; la Gran Bretaña respondió con un nuevo proyecto que da igual representación a jefes, blancos y nacionalistas africanos. La oposición continuó y una huelga en las minas de asbestos, en junio de 1963, dio oportunidad para ligar las demandas obreras con la cuestión constitucional; la huelga fue reprimida por tropas inglesas y el proyecto fue aprobado por la Cámara de los Comunes en la Gran Bretaña.

Sobuza, jefe principal de los swazis, está rodeado por consejeros enviados por Verwored; éste ofreció en septiembre de 1963, una independencia y un desarrollo económico más rápidos, bajo tutelaje sudafricano, que pueden ser considerados como un respaldo a las presiones de los jefes y los blancos sobre la Gran Bretaña para que ésta no ceda ante las presiones de los nacionalistas africanos.

Basutolandia se ha convertido en el principal problema de las relaciones entre Sudáfrica y la Gran Bretaña. Este territorio, enclavado dentro de la república, se ha convertido en lugar de refugio para los perseguidos políticos de Verwored. La situación llegó al climax cuando K. P. Leballo, líder del Partido del Congreso Panafricanista y del *Poqo*, anunció en marzo de 1963 desde su refugio en Basutolandia, que había 30 000 hombres esperando sus órdenes para iniciar una ola de sabotaje. Sudáfrica se enfrenta a una nueva oposición dirigida desde el exterior; el Primer Ministro sudafricano denunció a los Protectorados como bases de subversión y anunció la adopción de represalias. El Comisionado bri-

tánico ordenó un cateo en las oficinas de Leballo y a las pocas horas la policía sudafricana hacía una serie de aprehensiones en su territorio, demostrándose así la coordinación y cooperación existente entre ambas policías.

Sin embargo, Verwored siguió adelante con las represalias. Desde el 1º de julio de 1963 éstas han consistido en puestos armados de control en los límites de Basutolandia y alambradas a lo largo de las fronteras. La razón oficial de esas medidas es controlar los movimientos de los refugiados políticos, pero el objetivo real es evitar el paso de nativos a la república. El 40 % de la población de Basutolandia depende de sus ingresos como trabajadores migratorios y una acción como esa aumenta la carga presupuestal de Gran Bretaña. Las consecuencias de estas presiones aparecieron de inmediato al restringirse los movimientos de los líderes anti *apartheid* en los Protectorados, y en ocasiones permitiendo su secuestro por agentes de la policía sudafricana.¹⁷

Los jefes de Basutolandia se han unido para pedir la independencia, pero sus tendencias nacionalistas han disuadido a Gran Bretaña de dar un paso adelante en la concesión de autodeterminación. Los líderes de Basutolandia se dan perfecta cuenta de su dependencia de Sudáfrica y de su vulnerabilidad; algunos de ellos, como Ntsu Mokhele, del Partido del Congreso de Basutolandia, han manifestado el deseo de negociar de igual a igual con Sudáfrica en aquellas cuestiones que sean de común interés, pero el ala más radical del partido ha expresado sus dudas y reservas sobre las declaraciones de Mokhele.

El vigoroso nacionalismo de Basutolandia pone a la Gran Bretaña en un verdadero dilema, pues cada vez son más fuertes las demandas de independencia. Pero la posibilidad de que se convierta en una base para organizar la subversión dentro de Sudáfrica puede ser origen de conflictos en los que la Gran Bretaña se vería necesariamente envuelta. De ahí que por el momento la táctica consita en retardar la independencia. Pero para Verwored cualquier conflicto con un Protectorado ya independiente significaría precipitar la intervención de las Naciones Unidas y por ello está echando

mano de todos los recursos para impedir que el gobierno se traspase a los nacionalistas africanos.

Es de preverse que las actividades de los refugiados seguirán sometidas a restricciones y que la independencia de los Protectorados no llegará hasta que la situación de Sudáfrica no se aclare.

Sudáfrica, de todos modos, no sólo está ligada a la liquidación del imperio colonial africano de Gran Bretaña. El retiro de la república del *Commonwealth* no perjudicó en nada los lazos económicos que se habían tendido entre ella y la Gran Bretaña. Después de Sharpeville, en 1960, se observó un marcado descenso en el ritmo de las inversiones inglesas, pero una vez restablecida la calma, la corriente se reanudó y en la actualidad las inversiones inglesas llegan casi a los mil millones de libras esterlinas y el comercio con Sudáfrica representa el 2.5 % del producto nacional bruto inglés.¹⁸ Indudablemente éstas cifras influyen decisivamente en la política que la Gran Bretaña sigue en Sudáfrica y en sus Protectorados. Una solución violenta, en la que se vieran envueltos sus territorios, no sólo traerían a la Gran Bretaña al teatro mismo del conflicto armado, sino que se reflejaría en la desorganización de una buena parte de su comercio exterior.

Tradicionalmente la Gran Bretaña se ha opuesto a las sanciones de tipo económico contra Sudáfrica que implican un boicot comercial. Recientemente se calculó que una suspensión total del comercio británico con Sudáfrica causaría la desocupación de 150 000 obreros ingleses.¹⁹ Desde el famoso discurso que pronunció en 1960 el entonces Primer Ministro MacMillan en el Cabo, hasta el cauteloso silencio de Harold Wilson, ha quedado en claro que la Gran Bretaña no apoyará ninguna acción de las Naciones Unidas en ese sentido.

Pero esta política se opone a la asumida por los Estados africanos independientes.

En la conferencia de Addis Abeba de mayo de 1963 se definió la actitud de los Estados africanos hacia la política que las grandes potencias siguen en Sudáfrica. En la resolución

final se decía: "Los aliados de las potencias colonialistas deben escoger entre la amistad de los pueblos africanos y su apoyo a países que oprimen a pueblos africanos." Las potencias occidentales se encuentran así, por primera vez, ante una acción conjunta de 35 Estados africanos que insisten en que se adopten medidas concretas contra el régimen de Verwoerd, y que deban considerar los efectos de los actos que fortalezcan al régimen de Sudáfrica pudieran tener en la futura alieneación del continente africano en la guerra fría.

La táctica de los Estados africanos consiste en ir aislando económica y diplomáticamente a Sudáfrica. El primer paso fue dado en junio de 1963 cuando en la 47ª reunión de la Organización Internacional del Trabajo, las delegaciones africanas consiguieron excluir a Sudáfrica de la organización; un mes después, el ECOSOC confirmó la decisión del Comité Ejecutivo de la OIT. El 16 de julio del mismo año, convencido de que los países africanos reanudarían la ofensiva en la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África, H. Verwoerd anunció que su país suspendía indefinidamente su participación en la ECA.

El 1º de agosto de 1963 el Consejo de Seguridad abordó el problema de Sudáfrica. Poco antes, el 18 de julio, un Comité especial había estudiado la situación y recomendado la adopción de sanciones diplomáticas y económicas, comenzando con un embargo efectivo de armas, municiones y petróleo. El Comité Especial compuesto de once naciones, la mayoría africanas y asiáticas, pedía al Consejo de Seguridad tomar en consideración que Sudáfrica había "violado sistemáticamente los principios de la Carta, actuando contrariamente a las decisiones de la Asamblea General" y en consecuencia creaba "un serio peligro para la paz y seguridad internacionales", colocándose en una situación "que es incompatible con la calidad de miembro de las Naciones Unidas".

Los países africanos en el Consejo de Seguridad, Ghana y Marruecos, recogieron las sugerencias del Comité y presentaron un proyecto de resolución en el que se consideraba a Sudáfrica como "un serio peligro para la paz y seguridad internacionales" y se pedía a todos los Estados "establecer un

boycot para todos los productos sudafricanos y abstenerse de exportar a Sudáfrica materiales estratégicos de valor militar directo".

Tradicionalmente, Washington ha condenado verbalmente el régimen de *apartheid*, pero ahora se enfrentaba a una presión que evidenciaba el dilema de su política en África, pues Estados Unidos ve en Sudáfrica un aliado seguro en la "guerra fría".

En estas circunstancias, los Estados Unidos escogieron una solución que permitía calmar la opinión africana pero que no involucraba un cambio substancial que pudiera enajenar a Sudáfrica de la órbita occidental.

Adlai Stevenson, en el discurso pronunciado el 2 de agosto de 1963 en el Consejo de Seguridad, anunció la decisión de su gobierno de poner fin a las ventas de armas y equipo militar al terminar ese año. Stevenson hizo dos excepciones: una de ellas era el cumplimiento de contratos para proveer a Sudáfrica de material bélico para la defensa de ataques provenientes del exterior. Esto le deja a Estados Unidos un amplio campo para definir cuáles armas son para repeler una agresión exterior y cuáles las que se pueden usar para imponer su política de *apartheid*. Pero, además, Estados Unidos se reservó el derecho de proveer a Sudáfrica de armas de cualquier tipo en los casos en que el mantenimiento de la paz y seguridad internacionales así lo requirieran.

El Consejo debe saber que al anunciar esta política, los Estados Unidos, en cuanto son una nación con múltiples responsabilidades en muchas partes del mundo, naturalmente se reservan para el futuro el derecho de interpretar esta política a la luz de las exigencias necesarias para asegurar el mantenimiento de la seguridad y de la paz internacionales. Si el interés de la comunidad mundial exige que se proporcione equipo para el esfuerzo de la defensa común, es claro que nos sentimos dispuestos para hacerlo sin violar el espíritu y la intención de la resolución.

La declaración en sí refleja la supeditación de una oposición real a sus intereses en la guerra fría.

Esas mismas consideraciones hacen que los Estados Unidos se opongan a las sanciones drásticas capaces de derrocar al gobierno nacionalista, alegando que serían impracticables. Serán impracticables mientras los Estados Unidos y Gran Bretaña no participen en la ejecución de esas sanciones. Así, en tanto que el proyecto de resolución declaraba a la situación en Sudáfrica como un serio peligro para la paz y seguridad internacionales, allanando el camino para la adopción de sanciones bajo el capítulo VII de la Carta, la delegación de los Estados Unidos logró que en la resolución final se considerara a esa situación como "*seriously disturbing international peace and security*".

Con una votación de 9 a favor, 0 en contra y 2 abstenciones (el Reino Unido y Francia), el Consejo de Seguridad aprobó la resolución el 7 de agosto. En ella se condenaba al régimen de *apartheid*, se pedía al gobierno de Sudáfrica la liberación de los presos por el motivo de haberse opuesto al *apartheid*, y se pedía el cese inmediato de las ventas o envíos de armas y municiones de todos tipos y vehículos militares a Sudáfrica. El 4 de diciembre de 1963, el Consejo de Seguridad aprobó otra resolución que en lo substancial repetía las recomendaciones de la anterior.

A las peticiones de embargo de armas, Gran Bretaña respondió diciendo que

...durante cierto tiempo ha sido política del gobierno Su Majestad el distinguir entre armas que pueden ser usadas para la represión interna y las armas pedidas por el gobierno de la República Sudafricana para su defensa exterior y en particular para desempeñar su parte en la defensa común de las rutas de El Cabo. Como quedó claramente establecido en los debates en el Consejo de Seguridad la posición del gobierno de Su Majestad es que no deben exportarse armas a Sudáfrica que puedan ser utilizadas para aplicar la política del "*apartheid*".

Aclarada su posición y reafirmada su voluntad de continuar las ventas de "artículos generales de una naturaleza de doble uso", Gran Bretaña votó a favor de la resolución del 4 de diciembre, con lo que se logró la unanimidad.

Pero los países africanos han seguido buscando la adopción de sanciones económicas radicales. Los Ministros Africanos de Relaciones Exteriores reunidos en Lagos, Nigeria, en febrero de 1964, llegaron a la conclusión de que:

en la medida en que el gobierno de Sudáfrica no ha tenido en cuenta los esfuerzos pacíficos para que abandonara la política del "apartheid", sanciones de todos los tipos son la única manera que queda para resolver de manera pacífica la situación explosiva que prevalece en Sudáfrica.

Del 17 al 21 de abril de 1964 se reunió en Londres una Conferencia Internacional sobre Sanciones Económicas. Ahí se pusieron de manifiesto serios impedimentos de la Gran Bretaña para apoyar un boicot. Los efectos políticos de la desocupación que causaría el suspender el comercio con Sudáfrica crearía una verdadera crisis interna. Durante su campaña el líder laborista H. Wilson declaró que un gobierno laborista suspendería las ventas de armas de cualquier tipo de Sudáfrica, pero guardó silencio sobre un boicot total.

Algunas veces se ha dicho que un boicot al comercio sud-africano más que perjudicar al gobierno se resentiría en la comunidad africana. El argumento no está del todo errado, pero el verdadero problema estriba en asegurar un cumplimiento efectivo de posibles sanciones.

La oposición a las sanciones y la venta de ciertos tipos de armas pueden ser tomadas como complicidad con el régimen de Verwoerd y contribuir a desprestigiar aún más a Occidente en el continente africano. La posición del Partido comunista de Sudáfrica dentro de la lucha es envidiable. No sólo tiene una larga tradición de oposición, sino que su influencia se extiende al partido del Congreso Nacional Africano. El Partido comunista de Sudáfrica se ha opuesto por igual al *apartheid* y al racismo negro, y cuenta entre sus miembros a africanos, indios y blancos. La Unión Soviética tiene una oportunidad más de entrar al continente africano. Difícilmente la Unión Soviética va a descuidar las actividades del PC en uno de los últimos reductos del colonialismo. En la medida que

el PC de Sudáfrica permanezca bajo control soviético y continúe con su plataforma racial, la Unión Soviética tendrá un medio de contrarrestar la influencia de China en África.

El tipo de violencia que puede estallar en Sudáfrica difícilmente dejará ajeno al continente africano y la crisis internacional que surja de ahí tendrá un contenido como no lo ha tenido ninguna otra. Por primera vez, el mundo se enfrenta a la posibilidad de una lucha racial internacional.

NOTAS

1 Literalmente esta palabra significa africano, pero denota a los sudfricanos de origen holandés.

2 Naciones Unidas. Asamblea General. "Inversiones Extranjeras en la República de Sudáfrica." A/AC 115/L.56/Rev.1, 21 de septiembre de 1964, pp. 9, 12, 23.

3 *The Economist*, March 7, 1964, pp. 905-906.

4 El Partido Unido obtuvo 50 asientos y el Partido Progresista 1.

5 Colin and Margaret LEGUM, *South Africa: crisis for the west*, Frederick A. Praeger, New York, London, 1964, pp. 45-46.

6 Citado por Colin and Margaret LEGUM, *op. cit.*, p. 23.

7 *Ibid.*, p. 38.

8 Citado por L. E. NEAME, *The History of Apartheid*, Pall Mall Press with Barrie & Rockliff, London, 1962, pp. 73-74.

9 Citado por Colin and Margaret LEGUM, *op. cit.*, pp. 49-50.

10 *Ibid.*, p. 52.

11 Citado por James DUFFY and Robert A. MANNERS, *Africa Speaks*, D. Van Nostrand Co. Princeton, New Jersey, 1961, pp. 197-198.

12 Citado por L. E. NEAME, *op. cit.*, p. 120.

13 *New York Times*, May 21, 1964.

14 Newell M. STULTZ, "Creative Self-Withdrawal in the Transkei" en *Africa Report*, Vol. 9, Nº 4, April 1964, pp. 18-23.

15 Véase el artículo del líder del Partido Unido, Sir de VULIERS GRAAF, "South African Prospect", en *Foreign Affairs*, Vol. 39, Nº 4, July, 1961, pp. 670-683.

16 Aún la Unión Soviética vende sus diamantes en los mercados occidentales a través del *Diamond Syndicate* controlado por Oppenheimer.

17 *The Economist*, June 8, 1963, p. 995; August 17, 1963, p. 576; August 31, 1963, p. 732.

18 United Nations Security Council S/5658, April 20, 1964, pp. 13, 26.

19 United Nations Security Council S/AC.14/L.2, August 17, 1964.

20 *Department of State Bulletin*, Vol. XLIX, Nº 1261; August 26, 1963, p. 335.

21 United Nations Security Council S/5438, October 11, 1963, p. 29.

22 United Nations Security Council S/5658, April 20, 1964, p. 12.